

*24 de marzo de 2024, Domingo de Ramos*

[Is 50,4-7; Fil 2,6-11; Mc 14,1-15,47](#)

### **¡Qué desperdicio!**

Tener éxito en la vida es algo importante para toda persona. Algunos están más preocupados que otros por abrirse paso en su entorno laboral o social y, en cualquier caso, por desarrollar sus talentos. Pero según nuestros criterios humanos de apreciación, la vida de Jesús fue una vida desperdiciada. En primer lugar, treinta años de vida ordinaria en Nazaret, en el taller de su padre, durante los cuales parece no haber hecho nada que llamo la atención de sus conciudadanos, de modo que cuando empiece a hablar en público la gente dirá: "¿Dónde ha aprendido todo esto? ¿No es el hijo del carpintero?" Y luego, durante sus tres años de vida pública, tuvo el arte de alienar a todas las personas influyentes del mundo religioso, económico y político. Y esto lo llevará a la muerte. Qué despilfarro, si uno debe juzgar por los hombres ambiciosos de éxito y gloria.

Probablemente por eso el relato de los últimos días de su vida comienza con una escena de despilfarro. La escena se sitúa en Betania, no en casa de sus amigos -Marta, María y Lázaro-, sino en casa de un tal Simón el leproso, que no se menciona en ningún otro lugar del Evangelio. Es evidente que se trata de un nombre simbólico. Si hubiera sido un leproso de verdad, este hombre no habría podido recibir a Jesús ni a otros invitados en su casa. Y, por supuesto, le habría pedido a Jesús que lo sanara. Este "Simón el leproso" representa simbólicamente a todos los excluidos, a todos los enfermos, a todos los pobres. Es a ellos a quienes llega Jesús, mientras todos suben a Jerusalén para cumplir con los ritos religiosos.

Y mientras Jesús está comiendo en la casa de este marginado, entra una mujer. No estaba en la casa, así que no fue invitada. Simplemente entra, llevando un frasco de alabastro lleno de un perfume muy puro. El nombre de la mujer no se menciona y no dice una palabra durante toda la escena. Viene a ungir a Jesús con su perfume, en silencio. No se limita a ungirlo con las yemas de los dedos ni a echar un poco de perfume sobre su cuerpo. Ella rompe la botella de alabastro -que en sí misma es muy valiosa- y vierte todo el contenido sobre la cabeza de él en un gesto tan loco como pueden ser los gestos de amor.

¡Qué desperdicio! Esto es precisamente lo que dicen algunos de los presentes en ese momento. Por supuesto, como señalan, la mujer podría habérselo dado simplemente a Jesús, quien, ya que realmente no lo necesitaba, podría haber vendido el jarrón y el perfume y dar el dinero a los pobres, que son sus amigos privilegiados. Al defender a

la mujer de estas críticas, Jesús deja claro que este desecho es un símbolo de su propia muerte. ¡Qué desperdicio, desde el punto de vista humano! Pero es a través de este desperdicio que hemos recibido la vida en plenitud.

En esta unción de la cabeza de Jesús podemos ver una alusión a la unción de David por Samuel (1 Sam 10,1) y, por tanto, un reconocimiento de la realeza de Jesús, que será proclamada en la cruz. Los verdaderos discípulos de Jesús, la comunidad ideal de Jesús, representada por esta mujer, aceptan ver a su rey en Jesús crucificado. Un amor que responde al amor de Jesús entregándose totalmente en la cruz.

Entre los que se escandalizaron por este "despilfarro" estaba Judá Iscariote, que aparece en el Evangelio de Marcos por primera vez desde que su nombre se menciona por primera vez en la lista de los Doce. Judá, aunque llamado por Jesús, tiene valores muy diferentes. No sólo le importa el dinero, sino que quiere triunfar en su vida. Pensó que lo conseguiría uniéndose a este joven rabino o profeta, pero en cuanto cambia el viento, se da la vuelta y se va al lado contrario.

La muerte de Jesús aparece claramente en todo este relato de Marcos como el resultado de un complot bien orquestado. Por su inclinación hacia los más pobres, los más débiles, los más necesitados, y por su llamamiento a la justicia y al respeto de los derechos de todos, Jesús desestabilizó el establishment religioso, político y económico del Israel de entonces. Se deshicieron de Él, incluso utilizando la traición de uno de los suyos.

Entre las muchas lecciones que podemos aprender de esta larga historia está la siguiente: Todos estamos llamados, si queremos ser fieles a su ejemplo, a elegir entre los valores de la pura eficacia material, la realización personal, el éxito, por un lado; y, por otro, los valores del amor, la amistad, el compartir y el desprendimiento. Es una llamada a "derrochar" en el sentido que Jesús dice: "El que pierde su vida por mí, la encuentra", en plenitud, aquí abajo y en la eternidad.

Armand Veilleux